

gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguísimos agenjos todos los del mundo, y solo nos aprovecharemos de sus criaturas como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisándolas pase á conseguir el fin de verte y gozarte en la Gloria.

PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS CON QUE HEMOS DE CONSEGUIR
NUESTRO ULTIMO FIN,
QUE SON LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

A 6 de Julio de 1690.

Saber, poder y querer, todo es menester que se junte para que tengan logro en la ejecucion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe y puede, pero no quiere, su saber y su poder de nada le sirven. Así que, para todas nuestras obras y para todas nuestras empresas, son menester siempre juntos estos tres infinitivos: *saber, poder y querer*. Pues esos son los que nos enseña el Catecismo.—Ya veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano y precioso del fin último para que fuí criado, es Dios, yo lo confieso; pero si mi fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber y conocer lo que en ese fin tengo de bienes? Mas si ese fin está allá tan léjos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí que son tan pocas y tan débiles mis fuerzas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Más tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las

cosas amables, si mis apetitos me arrastran á quererlas, ¿cómo he de querer mas que todas un fin que ni yo lo veo con los ojos, ni yo lo toco con las manos, y que además con todas mis fuerzas naturales, aunque ellas fueran muchas, no puedo alcanzarlo? ¿pues cómo he de quererlo?—De modo que para conseguir nuestro fin me poneis tres dificultades: el saber, para conocer los bienes que en aquel fin soberano se encieran; el poder, para que conocidos esos bienes, os alenteis á buscarlos; y el querer, para que, ó despreciados los bienes del mundo, ó usados solo en orden á conseguir aquel fin, allí prosigais vuestro amor y vuestro querer todo. ¿No es esto lo que me oponéis, *saber, poder y querer*?—Sí, Padre; porque decirme que el medio para conseguir el último fin, que es Dios, es servirle á Dios en esta vida, eso todavía no es enseñarme nada; porque todavía pregunto, ¿en que estará ese servicio de Dios? ¿Qué es lo que tengo de hacer para servirle?—Teneis mucha razon en vuestra pregunta, mas no en vuestra prisa; porque como el pobre doctrinero no tiene boca de costal, no puede derramarlo todo de un golpe. Vamos despacio y saldrá todo, que ya el Catecismo os previene todas esas dificultades y réplicas en esta agraciada pregunta, que es la que sigue: *¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?* Como si dijera: Mira, tú me has dicho que con servir á Dios conseguiré el gozarlo, que es mi fin. Estoy en eso; pero como esto de servir á Dios contiene en sí tantas cosas, y yo tengo mala memoria para que no se me olvide, cíñemelo en breves palabras, y dime: *¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?*

—Vedlo aquí en breve respondido: *Con obras de Fé, Esperanza y Caridad.* ¿Se te olvidará esto?—

No se me olvidará, pero yo siempre he oído decir, que se sirve á Dios mucho con la humildad, con la penitencia, con la limosna, etc. Pero si con todas estas virtudes se sirve á Dios ¿cómo nombran aquí solas aquellas tres, Fé, Esperanza y Caridad?

—Has preguntado bien.

Pero repara ahora en aquella palabra *principalmente*. Se sirve á Dios con la humildad, se sirve á Dios con la penitencia, se sirve á Dios con la limosna, y se sirve á Dios con todas las demas virtudes; pero principalmente se sirve con obras de Fé, Esperanza y Caridad.—¿Por qué *principalmente*?—Porque si esas tres virtudes faltan, todas las demás no sirven, no aprovechan, no agradan á Dios, no valen nada. Sin tener Fé, es imposible agradar á Dios, dice San Pablo: (*Ad Hebr. 11. vers. 6.*) *Sine Fide impossibile est placere Deo.* Se sirve á Dios principalmente, porque sin la Fé, todas las demás que parecen virtudes, no son virtudes, dice San Agustin; (*l. 4. con Julian. cap. 3. n. 7.*) porque si no teniendo Fé para encaminarlas á su verdadero fin, que es Dios, las hacen por fines terrenos, no son verdaderas virtudes, sino aparentes, vanas y sin provecho: *Minus impius quam Catilina Fabricius non veras virtutes habendo, sed á veris virtutibus non plurimum deviendo*, dijo Agustin. (*Div. Thom. 2. 2. q. 4. art. 7.*) ¿Qué importa que entre los Gentiles pareciesen castas las Vestales, abstinentes los Pitagóricos, modestos los Estoicos; que entre los Japones pareciesen penitentes los Bonzos, y en la India pareciesen religiosos los Bracmanes? ¿Qué importa que entre los Hereges quisiesen parecer mortificados aquellos perversos que se llamaron Apostólicos en Francia, ó muy austeros los Vegardos y Beguinias en Alemania?

que todos, todos, como no tenían Fé, ni era castidad la suya, ni abstinencia, ni modestia, ni Religión, sino monerías con que todos están en el infierno. *Sine Fide impossibile est placere Deo.* Con estas tres se sirve á Dios principalmente; porque por el contrario, en estando estas tres en el alma, ellas acarrear, llaman y juntan en ella todas las otras virtudes. Con estas tres virtudes se sirve á Dios principalmente, porque la Fé es en el edificio espiritual el cimiento, que sin él toda la casa se arruina: es lo que para la columna la basa, que sin ella se cae: es lo que para el árbol la raíz, que sin ella se seca. La Esperanza es en ese edificio las paredes y las columnas, que sin ellas, ni podrá haber techo, ni será casa: es lo que en el cuerpo humano la sangre, que sin ella ni podrán correr los espíritus, ni tener movimiento: es lo que en el árbol las flores, que si éstas se hielan, no habrá frutos. La Caridad es en ese edificio el techo, que sin él será corral de brutos la que era sala y vivienda de racionales: es lo que en el árbol el fruto, que sin él de nada servirán sus raíces y nada aprovecharán sus flores; y es en fin, lo que en el cuerpo humano la vida, que sin ella, ¿cuál queda un cuerpo difunto? Ya lo veis, pues por eso son estas tres virtudes las con que se sirve á Dios principalmente. Y en fin son estas las principales, porque las demás virtudes nos llevan á nuestro último fin, pero por rodeos: éstas van derechas; quiero decir, todas las otras virtudes tienen por objeto inmediato alguna cosa criada, aunque con eso sirven, ó de quitarle á la Fé los embarazos, ó á la Esperanza los temores, ó á la caridad los tropiezos. Pero estas tres virtudes solo miran derechamente á Dios, á nuestro fin; allá nos llevan, allá nos juntan, allá nos unen. Creer

en Dios, esperar en Dios, amar á Dios, pues con ellas se sirve á Dios principalmente. Oigan ahora al Príncipe de los Teólogos Santo Tomás, para que vayan viendo cómo es Teólogo en romance el Catecismo: *Cum in agibilibus finis sit principium, necesse est virtutes Theologicas, quarum objectum est ultimus finis, esse priores caeteris virtutibus.* (D. Thom. 2. 2. q. 4. art. 7.)

Este, pues, dice que con obras de Fé, Esperanza y Caridad, se sirve á Dios principalmente. Lo primero, porque todas las otras virtudes, si faltan estas, ni sirven, ni merecen, ni son virtudes. Lo segundo, porque por el contrario en habiendo estas tres virtudes, tiene luego el alma todas las otras. Lo tercero, porque todas las otras virtudes, si tienen valor, si tienen mérito, es por estar fundadas sobre estas tres virtudes. Lo cuarto, porque todas las otras virtudes no miran derechamente á Dios, como estas tres que tienen puesta en Dios derechamente toda su mira. Y así, aunque se sirve á Dios con todas las otras virtudes, pero con estas tres sobre todas se sirve á Dios *principalmente*. Válgate, y lo que nos ha dado que hacer el *principalmente*.

Por eso, pues, se llaman Teologales estas tres Virtudes. Y para que hagamos el debido concepto de su valor, juzgo dejarlas de una vez explicadas en las siguientes doctrinas, juntando aquí las preguntas que allá hace el Catecismo, donde aparte trata de las Virtudes Teologales. Llámanse, pues, así, porque miran derechamente á Dios; y así, Teologales es lo mismo que Virtudes Divinas. ¿*Por qué tienen tan alto nombre?* pregunta el Catecismo: *Porque nos juntan con Dios, y él solo las infunde,* que es lo mismo que decir: Llámanse Divinas, porque todas van hácia Dios, y llámanse Divinas, por-

que todas vienen de Dios: Dios es quien nos las dá, Dios es quien nos las infunde en el Bautismo, como otra vez lo diré.—¿Y por qué nos las infunde?—¿Saben para qué? para quitar las dificultades que al principio me oponían que no me he olvidado. Nos las infunde Dios para que con ellas tengamos el saber, poder y querer. Por la Fé, que es la que alumbra nuestro entendimiento, sabemos cuáles son aquellos bienes eternos, infinitos é inmensos de Dios, que es nuestro fin. Sabidos, pues, y conocidos por la Fé para que no desmayemos en las dificultades que se nos ponen; y para que emprendamos todo lo que parece áspero en la virtud. La virtud de la Esperanza alienta y dá vigor á nuestras fuerzas, que quien espera llegar á un goce eterno, ¿cómo no se alentará á sufrir por él cualquier temporal trabajo? Sabida, pues, por la Fé la bondad infinita de aquel nuestro fin último, y alentado y fortalecido el poder para que le busquemos con la Esperanza, la Caridad toda enamorada de aquel bien infinito, suavemente nos tira, dulcemente nos lleva y poderosamente nos ayuda para que, despreciados estos bienes caducos, viles y engañosos, solo abracemos con todo nuestro amor, con toda nuestra alma, aquel bien que solo es bien; aquel bien que solo es seguro; aquel bien que solo es eterno. Y vean aquí cómo el conseguir nuestro fin no ha de ser con solo nuestro saber natural, que nada alcanza; no, con nuestras naturales fuerzas, que nada pueden; no con nuestro natural amor, que solo ocupa su querer en las cosas mas viles, sino con el saber, poder y querer sobrenatural que Dios nos dá, que Dios nos infunde con la Fé, con la Esperanza y con la Caridad.

—Estoy ya en todo eso, Padre; pero tengo aho-

ra una fuerte réplica sobre las palabras del Catecismo: *Con obras de Fé, Esperanza y Caridad*. Pregunto yo; ¿con los pensamientos de Fé no se merece? ¿No son meritorios de vida eterna?—Respondiendo, que si estos pensamientos los tiene quien está en gracia, estando juntas en el alma la Fé, la Esperanza y la Caridad, esos pensamientos son meritorios de vida eterna. Consta de las Divinas Escrituras: *Credidit Abraham Deo, et reputatum est illi ad justitiam*. Y San Pablo: *Sancti per fidem adepti sunt repromissiones*. Y asíéntalo Santo Tomás, y con él todos los Teólogos. (D. Thom. 2. 2. q. 2. art. 9.)—Ahora, pues, si con los pensamientos de Fé se merece, se sirve á Dios y se alcanza la vida eterna, ¿por qué solo dice el Catecismo: *Con obras de Fé, etc.*?—En verdad, que segun argüis pareceis Teólogo; pero mas Teólogo que vos es el Catecismo.

Respondo, pues, á lo primero, que quien dice con obras, ya supone los pensamientos; porque ninguna accion humana puede haber sin que primero le preceda el pensamiento, que quien no piensa lo que hace, obra como bruto. Lo segundo, dice con obras, para dar á entender que para que haya mérito, no basta la Fé sola, ha de ser junta con la Caridad, que como es la que dá vida á la Fé, es también á la que pertenecen las obras. *Fides quæ per Charitatem operatur*, dijo San Pablo: (*ad Galat. 5. v. 6.*) Lo tercero, dice con obras, para que entendamos que de nada servirán los pensamientos, los deseos de gloria y las buenas palabras con que se hacen propósitos, si las obras se oponen luego á esos pensamientos, á esos deseos y á esos propósitos. ¡Ah, cristianos! ¿Qué nos dice la Fé? Que despues de esta hay una vida eterna, y en ella eter-

no infierno para los pecados y pecadores, ó eterna Gloria para las virtudes y las obras buenas. ¿Lo crémos así? ¿Lo confesamos así? ¿Lo conocemos? Pues, y con esos pensamientos, ¿cuáles son nuestras obras? Por una parte el apetito te propone el deleite torpe, la venganza inicua, la injusticia, el fraude: por otra la Fé te dice, que eso es perder el Cielo, que eso es precipitarte al infierno: ¿y qué resuelves? Tus obras lo digan. Resuelves obedecer á tu apetito y no á la Fé; ¿pues de qué sirven aquellos pensamientos, si son esas tus obras? Almas, ¿dónde está nuestra Fé? ¿Qué nos propone la Esperanza? Que por cualquiera accion buena que por Dios hagamos, nos dará Dios en la Gloria ciento por uno. ¿Lo esperamos así? ¿lo deseamos? ¿confiamos que la gozaremos? ¿Pues cómo, sabiendo que aquella doncella por su pobreza peligra, que aquella viuda cargada de hijos, y mas de miseria, perece, y que con tanta facilidad lo pudiéramos remediar y no lo hacemos? ¿Pues de qué sirven aquellos deseos del Cielo si son estas las obras? Almas, ¿dónde está la esperanza? ¿Qué nos dice la caridad? Que Dios es solo el bien sumo el bien verdadero, el bien eterno; que solo él merece nuestro amor, porque todos los bienes del mundo son mentirosos, son falsos, son caducos. ¿Conocémoslo así? ¿lo vemos? ¿lo experimentamos cada dia y lo lloramos cada instante? Pues, ¿cómo nuestra voluntad, nuestra amor y nuestros afectos todos, dejando á Dios, vuelan sin cesar á las criaturas, á los bienes que conocemos engañosos, y á los deleites que tantas veces experimentamos amargos? ¿Pues de qué sirve aquel conocimiento y aquel desengaño, si son malas nuestras obras? Almas, ¿dónde está nuestra Caridad?

Luego muy bien nos dice el Catecismo, que para conseguir nuestro fin, para llegar á la Gloria, ha de ser con obras, con obras de Fé, Esperanza y Caridad.—Así lo conozco y lo confieso. Mas por último no he de dejar de decir una cosa; y es, que hoy el Padre no nos ha contado ejemplos como otras veces.—Ha habido mucho que explicar, no me hagan tantas preguntas y yo les diré mas ejemplos. Pero ahora vaya este que lo abraza todo.

Refiere Sofronio en su *Prado Espiritual*, que S. Ginés, Obispo Cirenense, habiendo convertido á nuestra santa Fé á un famoso médico, llamado Evagrio, pidióle en una ocasion trescientos ducados para dar de limosna á los pobres. Diólos él de buena gana, y agradecido el Santo Obispo escribió de su mano una cédula, en que obligando por su fiador al mismo Jesucristo, le prometia que le pagaria Dios á ciento por uno aquellos trescientos ducados. Firmóla y se la entregó á Evagrio. Pasando algun tiempo, llegándosele á Evagrio la muerte, llamó á un hijo suyo y entrególe aquella cédula, mandándole que cuando llevasen su cuerpo á darle sepultura, se la pusiese en el pecho. Así lo ejecutó el hijo. Y ya habian pasado tres dias despues de enterrado, cuando Evagrio se le apareció al Santo Obispo Ginés, y le dijo: Padre, vé á la Iglesia y abre mi sepultura, que te quiero volver la cédula que me diste. Al siguiente dia, convocando el Obispo á todo el Clero y al Pueblo, van todos á la Iglesia, abren la sepultura y hallan que tenia Evagrio aquella cédula en la mano: tomósela el Obispo, y vió que á las espaldas de lo que él habia escrito, estaba esta carta de pago y recibo: «Yo Evagrio, médico, á tí Santísimo Ginés Obispo, digo: que los trescientos ducados que te dí para que

dieces limosna á los pobres de Cristo, prometiéndome tú que Dios me pagaria ciento por uno, con fieso delante de la Santa Iglesia que me doy por muy contento, muy bien y colmadamente pagado de la dicha promesa, y que ya no tengo mas que pedir, ni á tí ni á Jesucristo, mi Señor y Redentor del mundo." Oyendo esto, rebozó en todos el regocijo en lágrimas y voces de alabanzas á Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cédula. ¡Oh! y si la lleváramos todos dentro del corazon guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para enfervorizar nuestra Caridad. ¡Oh, mi Dios! si así sabes pagar, ¿quién no te prestará cuanto tiene para tenerlo seguro? ¿Quién no te entregará todo su corazon, todo su amor y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

PLATICA XIV.

DE LA PRIMERA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA FÉ.

—
 A 20 de Julio de 1690.
 —

De tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan porque parecen agudezas, las mas veces dañan porque son engañosos: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, es lo cierto, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir y confundir para engañar. Por eso la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna, por eso ni áun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Ya, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones significa la fidelidad, ahora sea en la promesa que hacemos, ó la palabra que empeñamos de hacer y cumplir una cosa: por eso el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo á fé de hombre de bien.* ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo; y así, en ese cumplirlo decimos que es guardar la fé